

Capítulo 1

El verano del mil novecientos noventa y seis fue muy caluroso, como casi todos los que se padecían en la costa de Almería. Todo comenzó en esa maravilla natural situada al sur de la Península Ibérica: El Cabo de Gata.

Dicha perla de la naturaleza es una de las franjas costeras de mayor belleza y riqueza ecológica del Mediterráneo, a la que hay que sumar una franja marina de una milla de anchura. El Parque Natural es una de las joyas naturales para el turismo de Almería, Andalucía y de toda España.

En muy pocas zonas de la costa Española se puede ver un tramo de playa virgen con las características definitorias del Cabo de Gata. El paisaje desértico de este enclave y la presencia de especies vegetales endémicas lo convierten en un espacio único. El parque natural no tiene las aglomeraciones que el resto de la costa mediterránea, por el contrario ofrece la posibilidad de descubrir otras maneras de pasar un tiempo de descanso, no sólo es una zona con una belleza salvaje, también dispone de playas paradisíacas y pueblos costeros de un inigualable color. En uno de estos pueblos es donde se desarrollaron estos acontecimientos.

El pueblo al que nos referimos era un municipio que contaba con dos núcleos urbanos diferenciados por su ubicación, hasta hace unos años se encontraba habitado por apenas unos miles de habitantes. Era un pueblo costero que comenzaba a descubrirse al mundo como punta de lanza de una de las pocas zonas vírgenes que quedaban en Europa. El núcleo principal lo constituía el del interior, sobre la ladera de una colina; mostraba un trazado de calles sinuosas, estrechas y empinadas como corresponde a su origen árabe. El de la costa era más moderno, contaba con dos magníficas playas unidas por un puente. En

la zona más alta, en la cumbre de una colina, había una pequeña ermita desde donde se observaba una bella panorámica que se extendía hasta el mar. Esta ermita se construyó en el siglo XVIII, en cumplimiento de un voto de unos marinos que, a punto de naufragar, se salvaron de morir en estas playas. Muy popular en el entorno, destino de romerías y verbenas. En los alrededores se observaban unos cuidados jardines. En uno de los laterales había un mirador desde donde se divisaba el mar. Dentro del recinto ajardinado había unos pinos y, junto a ellos, unos bancos de madera donde los jóvenes se sentaban al anochecer a besarse y conversar sobre lo que habían hecho durante el día. En este lugar abrumaba tanto la vista del mar que era inevitable no quedarse maravillado. Un pueblo enclavado en el Parque Natural de Cabo de Gata donde comienza esta historia.

Era una mañana de julio bajo un sol radiante, el día transcurría plácido sin más novedad que el sofocante calor que hacía en esos primeros días de verano. Alejandro Moreno, como hacía cada día, bajaba en su Vespino a repartir fruta por la zona de la costa. Alejandro era hijo de los dueños de la frutería del pueblo, tenía dieciséis años y era buen mozo.

Era un chico querido en todo el pueblo; un muchacho alto, de un metro ochenta, pelo negro y ojos verdes como el mar. De complejión fuerte para su edad y muy atractivo. En vacaciones estivales ayudaba a sus padres en la frutería preparando pedidos y repartiéndolos por las casas del pueblo. Tenía un hermano menor llamado Gonzalo, un poco más bajo, moreno y ojos negros como el azabache, era un chico muy impulsivo, a veces hacía las cosas sin pensar y eso le acarreaba problemas. Esa mañana Alejandro estaba feliz; entre los pedidos que llevaba había uno que le hacía ilusión entregar, el de la familia Rivera.

Los Rivera eran una familia adinerada proveniente de Madrid, tenían la más grande y lujosa casa de la zona costera del pueblo. Sebastián Rivera era un prestigioso médico, trabajaba en un hospital y disponía de consulta propia en una conocida clínica privada de Madrid. En el pueblo se comentaba que gracias a él, muchos futbolistas habían vuelto a jugar al fútbol después de que les tratara sus lesiones. Los vecinos del pueblo manifestaban que era una eminencia en su profesión. El matrimonio Rivera

sólo tenía una hija llamada Lucía, era bellísima con unos tiernos dieciséis años recién cumplidos. De uno setenta de altura, pelo color castaño claro, ojos grandes y azules como la flor del romero, labios color de rosa y una boca perfecta. Pero lo que de verdad le importaba al chico era ella, la conocía desde niña, la fue viendo crecer, hacerse mujer...

Esa mañana se dejó el pedido de los Rivera para el último, Alejandro tenía la certeza de que Lucía siempre estaba bañándose en la piscina al mediodía. Su ilusión era verla desde la ventana de la cocina mientras ella disfrutaba de un baño. Le gustaba observarla pensando que ella nunca se percataría de que la espiaba, pues era muy vergonzoso.

Cuando terminó de repartir al resto de clientes montó en su ciclomotor y como un misil se fue disparado en dirección a la casa de los Rivera. Al llegar aparcó en un lateral de la misma, examinó su reloj y advirtió que se había adelantado. Mientras esperaba a que se hicieran las doce se dedicó a inspeccionar la morada de los Rivera. La vivienda era de construcción típica de la zona, con un gran jardín y una piscina en la parte de atrás. Era un chalet cómodo y de una sola planta en la que se aprovechaba bien el espacio, favoreciendo el ajetreo de una casa próxima a la playa. Uno de los aspectos que más cuidaron en la construcción fue la distribución para que la luz natural llegase hasta el último rincón. Por ese motivo, todas las habitaciones tenían ventanas al exterior. La fachada era blanca siguiendo los gustos y deseos de los dueños, de esa manera la mantenían fresca en verano. En la puerta de entrada había un pequeño porche decorado con una mesa de mimbre, unas sillas haciendo juego y, junto a ellas, unos jarrones de colores. Las paredes de la estancia las decoraban unos abstractos cuadros pintados por la madre de Lucía en sus años de estudiante. Mientras observaba la casa, escuchó las campanadas de la iglesia.

—Las doce —murmuró observando el reloj de la iglesia.

Alejandro se aproximó a la puerta, tocó el timbre y permaneció, entre inquieto y expectante, a que abrieran mientras mantenía en sus manos el pedido.

—¿Quién? —se escuchó una voz femenina. Alejandro respondió que traía el pedido de la frutería, deseaba que la cocinera abriera rápida para ir a ver a la muchacha.

Se oyó un sonido y la cancela se abrió, Carmen lo estaba esperando tras la puerta de entrada. Carmen era sevillana, exactamente del barrio de Triana, el más vibrante y espectacular de la ciudad (según contaba ella a sus amigas); tenía treinta y cinco años, separada y un hijo, Rafael. Carmen se separó de su marido y llegó al pueblo buscando trabajo para poder salir adelante, una amiga le comentó que en esta zona de Almería había bastante faena en la agricultura, así que cogiendo lo necesario se vino al pueblo con tan buena suerte que cuando llegó encontró rápidamente trabajo en los invernaderos de los padres de Alejandro. Carmen se informó que los Rivera precisaban una empleada para trabajar en su casa durante los meses de verano, la necesitaban para cocinar, limpiar... y que fuera de confianza. Se presentó una mañana en la casa ofreciendo sus servicios y, después de la entrevista con la Sra. Rivera, acordaron que trabajaría para ellos en época estival. En temporada baja limpiaba casas, ayudaba en la frutería y trabajaba algunas jornadas en los invernaderos. Su hijo Rafael acababa de cumplir catorce años y era uno de los mejores amigos de Gonzalo, rubio, no muy alto, flacucho y un poco enclenque, muy poquita cosa, vamos.

—Sígueme —dijo Carmen mientras comenzaba andar dentro de la casa.

Llegaron a la cocina y mientras Carmen comprobaba el pedido, él se aproximó a la ventana a ver si se encontraba la muchacha. Cuando la divisó sintió que su corazón se aceleraba, Lucía se hallaba de pie junto a la piscina hablando con su prima, llevaba un bañador amarillo con estampado de flores blancas, el pelo lo recogía con una goma amarilla dejando ver sus bonitos ojos azules.

—¡Preciosa! —murmuró con un leve susurro para que no le escuchara la cocinera.

Junto a ella se encontraba su prima Blanca, hija de la hermana menor de su madre. Blanca era una muchacha igual de alta que su prima, un poco regordeta pero muy mona, su pelo era rubio oscuro, ojos marrones y unas pocas pecas en sus mejillas, hacía poco que había cumplido quince años. Todos los años sus tíos la invitaban a veranear con ellos y de esa manera su hija no pasaba los veranos en soledad. En ese momento se oyó que alguien daba voces. El frutero miró perplejo hacia donde

se escuchaba el griterío y advirtió que era en la puerta trasera del jardín. Observó que Lucía se aproximaba a la puerta y al abrirla advirtió que entraba Conrado Galán acompañado de un amigo.

—¡Joder! —masculló con rabia al ver al pijo de Conrado. Alejandro había escuchado rumores por el pueblo de que era novio de Lucía, pero él nunca creyó que fuera cierto lo que circulaba de boca en boca entre los chicos. Conrado entró sonriendo y le dijo al amigo que lo acompañaba que le siguiera.

Conrado Galán era hijo de un prestigioso traumatólogo de Madrid. El padre de Conrado y el Dr. Rivera estudiaron juntos la carrera de medicina y juntos se especializaron en traumatología. El doctor Galán le había propuesto al padre de Lucía asociarse en la clínica que estaba construyendo en Madrid. Una sociedad en la que combinar experiencia e innovación en aplicación de diferentes técnicas relacionadas con distintas lesiones y patologías traumatólogicas.

—Esa muchacha no es para ti —dijo Carmen observando al frutero curiosear por la ventana.

Al escuchar a la cocinera, se volvió y en ese instante observó que encima de la mesa había un plato y en él un trozo de tarta de manzana.

—¿Para quién es esa tarta? —interrogó a la cocinera señalando el delicioso manjar.

—Para la señorita Lucía —respondió extrañada por la pregunta.

Sin decir nada a la cocinera cogió el plato, abrió la puerta y salió escopetado en dirección a la piscina. En esos instantes Lucía se bañaba con sus amigos, y en uno de los giros que dio vio a Alejandro mirándola y, sorprendida, preguntó extrañada:

—¿Qué haces aquí?

Lucía lo conocía porque lo había visto infinidad de veces venir a su casa cargado con la fruta, pero lo que más le sorprendió fue verlo allí con su plato de tarta en la mano. Alejandro respondió con atrevimiento que había entrado a traer su tarta. Al mismo tiempo que respondía miraba con descaro el cuerpo húmedo de la chica, observando con embeleso el reflejo que producían los rayos del sol al proyectarse en él, provocando que brillara como estrellas resplandecientes.

—Me llamo Alejandro —se presentó dejando el plato encima de una mesa.

Lucía subió las escaleras, cogió una toalla y graciosamente se la colocó alrededor de su cuerpo, se aproximó sonriendo y estrechando la mano que le tendía se presentó revelando su nombre. Él expresó que la conocía desde la primera vez que vino a veranear al pueblo. Al escucharle se sintió halagada y sorprendida, ya que no tenía idea de que la conociera desde niña y pasaba los veranos en el pueblo. Inmediatamente le preguntó si la tarta se la había dado Carmen.

—Sí —mintió ruborizado al sentir la cercanía de ella. A continuación acercó con descaro su nariz a la muchacha al notar el perfume que procedía de su cuerpo.

—¿Vainilla? —preguntó.

—Sí, perfume de vainilla —respondió.

—¿Te gusta el aroma a vainilla? —preguntó sonrojada por la forma tan descarada que había tenido de aproximarse a oler su cuerpo.

—Mucho —respondió sonriendo— por cierto, eres guapísima y me encanta el olor dulce que desprende tu cuerpo —apostilló.

Volvió a sonrojarse por la forma tan descarada que había tenido de piropearla y le dio las gracias. Mientras conversaban, Conrado y su amigo que se encontraban dentro de la piscina escuchando comenzaron a cuchichear al oído. Alejandro seguía hablando con Lucía cuando observó a Conrado salir de la piscina fuera de sí aproximarse a él. Cuando llegó a su altura le señaló con el dedo y le preguntó si le estaba quitando a su novia, al observar que el otro sonreía, el engreído de Conrado, que no podía disimular los celos, le dijo con rabia que no quería volver a verlo cerca de su chica, pero al percibir que seguía con la sonrisa, añadió, con ira, que Lucía era suya y no lo quería volver a ver hablando con ella. Conrado estaba celoso, Lucía era su posesión y no aceptaba que nadie la piropeará excepto él.

—No es tu chica —replicó Alejandro enfadado. Se sentía fastidiado porque el pedante de Conrado le había arruinado la conversación con la muchacha, pero lo que más le incomodó fueron las formas con las que se dirigió a él.

—¿Y tú quién eres para entrar sin permiso? —preguntó cabreado Conrado.

Al observar que la bronca iba a más, Lucía gritó para que cesara la discusión al advertir las agresivas miradas que se dirigían y para que no pasara a mayores, dirigió su mirada hacia Conrado y le contó que había sido Carmen la que le había dado permiso para entrar. Después de escucharla, Alejandro, se dirigió a ella y le dio las gracias por salir en su defensa y en ese instante que le agradecía, quedó tan embelesado con los bonitos ojos de la muchacha, que no advirtió que el amigo de Conrado había salido de la piscina agachándose tras él, aprovechando eso, Conrado lo empujó con rabia. Alejandro, al no tener donde agarrarse cayó de espaldas al agua. Después del chapuzón, salió de la piscina con la intención de liarse a palos con los dos rufianes, pero la ira se convirtió en vergüenza cuando se percató de que Lucía reía a carcajadas junto a los otros dos bribones.

—¿Cómo se os ha ocurrido eso? —preguntó a los granujas de sus amigos. A continuación, sin dejar de reír, les riñó diciendo que eso no se le hace al chico y, para terminar, dijo, que no le estaba diciendo nada malo. Al verla reír, Alejandro sintió pudor, subió por las escaleras y sin mirarlos se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—¡Sois unos capullos! —gritó Blanca después de ver la jugareta que le habían hecho al frutero.

Mientras los otros reían con la broma que le habían gastado, él se dirigió a Blanca, y con una sonrisa en su rostro le dio las gracias por defenderle, inmediatamente se encaminó hacia la cocina.

—Te dije que no era para ti —volvió a decir la cocinera cuando lo vio entrar con la ropa mojada. Al escuchar el comentario se volvió y con orgullo exclamó:

—¡Eso ya lo veremos!

Después de expresar esas palabras siguió caminando hacia la calle. Mientras salía, su mente no cesaba de tramar venganza, no sentía dolor en la espalda ni lo incómodo de llevar la ropa mojada, lo único que le hacía sentir mal eran las risas de la muchacha de la que estaba enamorado desde que era niño.

Al verla reír de esa manera recordó un acontecimiento acontecido el verano anterior. Fue una tarde que se encontraba con su hermano y unos amigos en la feria montando en los coches de choque: mientras circulaba por la pista otro coche le propinó

un choque que le sorprendió. Alejandro se dirigió al agresivo conductor con intención de echarle la bronca, pero cuando observó que había sido Lucía la que le había embestido y, sobre todo, cuando advirtió que ella se reía de la acción que había provocado se frenó en sus intenciones. Cuando terminó la vuelta, Lucía continuó paseando por la feria acompañada de su prima mientras Alejandro la seguía en la distancia, la conocía desde niña, pero ese verano había cambiado, ya no era la niña que él conocía, ahora, esa mujer no pasó inadvertida para él, que notó como si algo cambiase dentro de su corazón, sintió que se estaba enamorando de la chica con la que había chocado.